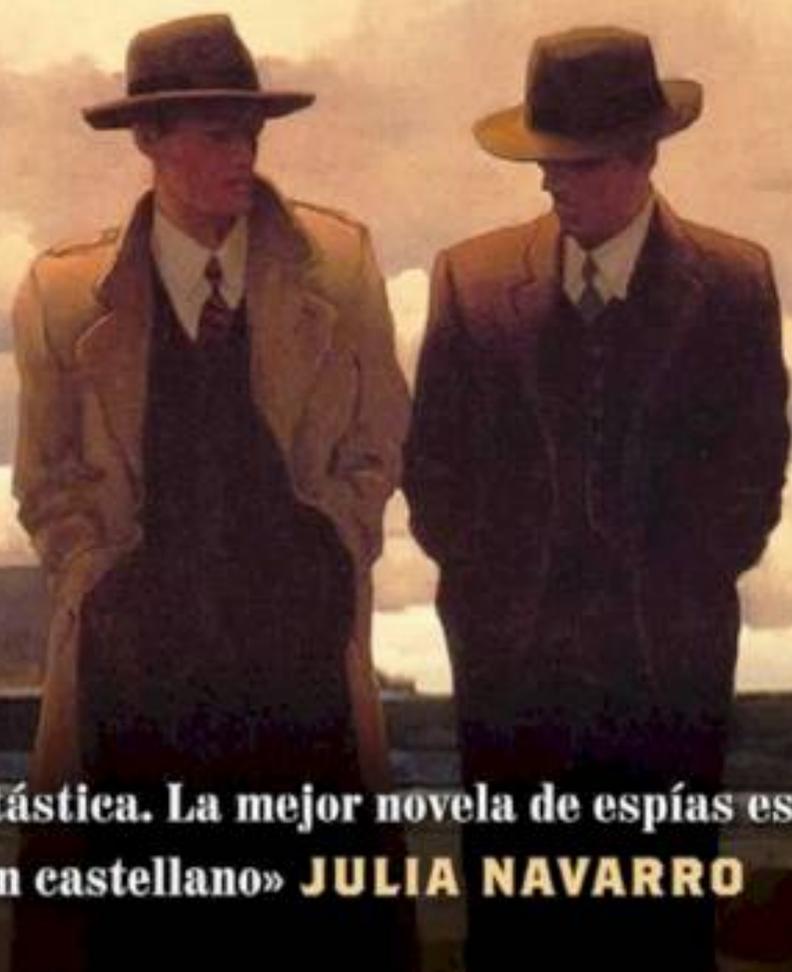


FERNANDO RUEDA

LA VOZ DEL PASADO



«Fantástica. La mejor novela de espías escrita
en castellano» **JULIA NAVARRO**

Manuela Langares, Ela, es una joven, prometedora y ambiciosa funcionaria que acaba de ser nombrada directora de operaciones del CNI, un cargo del servicio secreto que por primera vez en la historia ocupa una mujer. Muy apegada a su abuelo, recibe de este una serie de cintas que le grabó como testamento. En ellas, Ela irá descubriendo un mundo y una historia cautivadores que nunca hubiera podido imaginar.

Las grabaciones son un vívido retrato de la España de la guerra civil que llegan hasta finales de los años setenta, y por ellas desfilarán personajes fascinantes como Kim Philby —el agente doble más famoso de todos los tiempos—, importantes dirigentes nazis que se afincaron en España, familias reales europeas, algunos de los niños de la guerra que tuvieron que exiliarse a Rusia tras el conflicto, princesas o papas...

Todos estos recuerdos, que tienen por escenario medio mundo y que se gestaron en un ambiente y una época apasionantes, ofrecerán a Ela una explicación tanto de la vida de su abuelo como de la de su propio padre, y la ayudarán a ponerse sobre la pista de una trama política que se inició en la guerra hace setenta años y cuyas consecuencias aún perduran. Fernando Rueda ha escrito una novela sorprendente: diferentes contextos internacionales, dos tramas que corren paralelas en épocas diferentes, traición, engaños, muertes, contrainformación y, sobre todo, Ela, una mujer inteligente y de moral compleja que se verá ante el reto más grande su vida: descubrir la verdad que rodea a su familia —y que siempre le fue ocultada— y esclarecer un complicado caso que podría traer graves consecuencias para su carrera y la de sus seres más queridos.

Capítulo 1

Semyon Smirnov sospechaba que estaba sentado con dos asesinos capaces de cortar la cabeza a una persona con un sable romano en los Emiratos Árabes o hacerla saltar por los aires con una sofisticada bomba en Senegal. No conocía los detalles de sus salvajes trabajos sin firma, pero no le cabía la menor duda de que eran capaces de organizar cualquier operación clandestina aparentemente imposible. Ofrecían una ventaja: lo hacían a gusto del pagador. Gracias a sus habilidades, algunas de las personalidades más protegidas del mundo habían perdido la vida con la máxima discreción y otras, por el contrario, con decenas de cámaras inmortalizando el dramático momento para la historia.

El apellido Smirnov no aparecía vinculado a la mafia rusa en los archivos policiales españoles, lo que le otorgaba cierta libertad de movimiento. Su único contratiempo tuvo lugar hacía varios años, cuando se libró por los pelos de ser detenido en Sevilla por obligar a prostituirse a unas chicas rumanas en un bar de carretera que no estaba registrado a su nombre.

El alto directivo del SVR, el espionaje exterior ruso, que le había encomendado buscar en Madrid a los dos hombres y encargarles un trabajo muy especial, le había asegurado que podía contactar con ellos sin necesidad de recurrir a una cita clandestina.

Debía telefonar a su empresa tapadera, solicitar sus trabajos técnicos y citarles —en esto puso especial énfasis— en una casa limpia de micrófonos ocultos.

Todo lo que imaginaba de las aventuras despiadadas de esos dos hombres no encajaba para nada con la imagen de ellos que llevaba un rato contemplando. Ahora entendía perfectamente que al directivo del SVR —por costumbre, como muchos rusos, seguía refiriéndose a ellos como agentes del KGB— no le preocupara que celebraran una cita sin excesivas medidas de seguridad: nadie imaginaría nunca que esos dos viejos de aspecto venerable se dedicaran a liquidar gente.

Cuando entraron en el salón de su casa, un chalé de tres plantas en el exclusivo barrio madrileño de Mirasierra, pensó que aquellos sujetos de edad cercana a los setenta, con el pelo cano, buena forma física y embutidos en trajes confeccionados en serie, no pegaban nada con su sofá blanco de marca o con sus antigüedades egipcias compradas ilegalmente en Rusia con papeles falsificados.

Su lugarteniente Misha —todo el mundo le llamaba así y casi nadie sabía que se llamaba Mijaíl Bogdanov— les abrió la puerta y les acompañó hasta el salón. Había dado el día libre al matrimonio hondureño encargado de las labores de la casa. Eran de plena confianza, pero cuantas menos personas conocieran la reunión, mayores posibilidades de controlar una improbable filtración.

Manuel Langares y Roberto Montiel, directivos y dueños de la empresa de seguridad Lamon, se sentaron cerca de Smirnov. Los dos antiguos agentes de diferentes ramas de los servicios secretos estaban acostumbrados a entrar en las casas de los ricos y en sus empresas. En los últimos años el negocio había florecido ante las constantes noticias de espionaje en el mundo empresarial. Todos querían contratar a profesionales de garantía que les evitaran el acoso de la competencia para descubrir sus más íntimos secretos. Lamon era una de las más cualificadas empresas del sector. Sus altos precios atraían a este tipo de clientes, convencidos de que cuanto más se cobraba por un servicio, existían más posibilidades de conseguir mejores resultados.

Sentados, un poco hundidos, en el incómodo sofá de plumas, estaban charlando con el empresario ruso y su jefe de seguridad sobre sus largos años de experiencia. Sin duda, después escucharían sus problemas con el personal o la competencia y en pocos días pasarían sus sofisticados sistemas antiescuchas por toda la casa y las sedes de sus empresas y, al margen de que encontraran o no micrófonos ocultos, cobrarían una buena cantidad de euros.

—Han venido aquí por trabajo y no quiero entretenerles —dijo Smirnov educadamente, sin intención de entrar directamente en el meollo de la cuestión. Antes quería conocerles un poco mejor—. Tenemos un problema de seguridad en algunas de mis empresas.

—¿Qué tipo de empresas tiene? —preguntó Roberto Montiel.

—Estoy asentado en varios sectores, pero lo que más me preocupa son mis clubes de alterne. Hace unos días, el de Valencia sufrió un incendio y, aunque los bomberos aseguraron que fue un accidente, no me fio.

—El sector está complicado —siguió su jefe de seguridad, con el mismo acento ruso y pelo canoso que su jefe, pero con un aire más amenazador—. Han abierto nuevos locales y los empresarios quieren aumentar su cuota de mercado.

Montiel y Langares no dijeron nada, aunque los dos pensaron lo mismo: estamos delante de unos mafiosos que quieren contratarnos en su lucha con otros delincuentes.

—Podemos hacerles barridos en casas, oficinas y locales, pero puede ser insuficiente —explicó Langares.

—Le entiendo —intervino Smirnov—. Nosotros también hemos pensado que podemos tener topes, pero es complicado descubrirlos.

—No crea —siguió Langares—. Si simulan un pequeño robo, tendremos la coartada perfecta para hacer pasar a todos y cada uno de sus empleados por el polígrafo.

—¿Sospecharían mis empleados?

—No tienen por qué. Antes de comenzar, el técnico les entrega un envase para la orina y les pide que lo rellenen con el pretexto, real en parte, de que no hayan tomado sustancias relajantes que engañen a la máquina. De entrada, podremos saber si se drogan o tienen cualquier otra enfermedad. Al mismo tiempo, les da un formulario en el que le autorizan a someterles a la prueba e implícitamente aceptan que los resultados se puedan utilizar en su contra.

—¡Joder! —soltó sin remilgos Smirnov.

—Después les explica que les va a hablar de muchas cuestiones que no sirven para nada, pero que permitirán que la máquina consiga los registros necesarios para funcionar correctamente. Tras ello, les puede preguntar de todo: si engañan a sus mujeres, si alguna vez han robado a su empresa o si conocen a algún mafioso. —Un toque provocativo que Langares no pudo evitar—. El hombre o mujer conectado a la máquina no se entera del verdadero objetivo y termina siendo un libro abierto.

—Con ese método, ¿podrían descubrir incluso a un asesino? —le devolvió la puya el mafioso.

—Claro que sí —respondió Langares sin inmutarse—, pero he entendido que se trata de espionaje y mafias, no de asesinatos.

—¿Cómo actuaría un asesino ante el polígrafo? —preguntó Smirnov manteniendo el tema de conversación que le interesaba.

—Si es un delincuente común, posiblemente no quiera ponerse los cables por si le pudiésemos descubrir. Pero si fuera un buen profesional, existe la posibilidad de que engañe a la máquina.

—¿Ustedes dos la engañarían?

—No hemos matado a nadie y no nos haría falta.

Smirnov se frenó. Ya había llegado el momento de abandonar el juego. Se había aprendido de memoria las frases claves que el agente del SVR le había escrito para

conseguir que los dos hombres trabajaran ciegamente en la misión que le habían encargado.

—Tengo un amigo que piensa que Rudyard Kipling escribió muchos y buenos libros.

Montiel y Langares se miraron sorprendidos y el primero contestó inmediatamente.

—Pero a mí hay uno que me gusta sobre los otros, aunque no me acuerdo del nombre.

—Yo tampoco, pero el protagonista era un indio llamado Kim.

Misha, que no había apartado la mirada de los dos directivos de Lamon, tomó la palabra:

—Queremos encararles un trabajo.

—¿Qué clase de trabajo? —preguntó Montiel.

—Un asesinato —dijo con crudeza el jefe de seguridad.

—Ustedes se han equivocado —respondió indignado—. Nosotros somos técnicos en seguridad y no asesinos. Vámonos, Manuel, estos señores se han confundido de personas.

—Esperen un momento —pidió Smirnov.

—Esta conversación ha terminado —cortó tajante Langares.

Los dos se dirigieron decididos hacia la salida, seguidos por el mafioso ruso, que no entendía su comportamiento. Cuando traspasaron la lujosa puerta de hierro con la parte superior en forma de semicircunferencia, Montiel se volvió hacia él y le espetó:

—Acompáñenos hasta el coche y métase en la parte de atrás.

Smirnov no estaba acostumbrado a recibir órdenes, pero no tenía nada que perder. El mercedes gris metalizado de Montiel era antiguo, pero espacioso, y en cuanto los tres hombres estuvieron dentro arrancó como un caballo desbocado. No se cruzaron una sola palabra hasta que hubieron dado varias vueltas a distintas velocidades por el interior de Mirasierra. Finalmente, aparcaron cerca de la igle-

sia del barrio, junto a una confluencia de caminos, y entraron como si fueran creyentes piadosos. No había misa y apenas unos cuantos feligreses rezaban arrodillados o sentados en los bancos de madera. Se colocaron de pie en una esquina, alejados de la gente, y, cuando comprobaron que nadie les miraba, Langares se colocó delante de Smirnov y Montiel detrás. Seguros, ahora sí, de estar lejos de miradas curiosas, Montiel cacheó con habilidad el cuerpo del empresario en busca de micrófonos. No encontró nada y le invitaron a sentarse en un banco del lateral de la iglesia, en medio de los dos.

—¿Está usted loco o qué coño le pasa? —le lanzó Montiel en voz baja.

—Les he dado la clave adecuada, seguro de que ustedes entenderían —se justificó malhumorado el empresario.

—Mi compañero quiere decir —siguió, en tono más tranquilo, Langares— que cómo se le ocurre hablar de un asesinato en su casa, cuando no sabemos si tiene instaladas escuchas. Que a usted le pillen nos importa un carajo, pero no vuelva a jugar con nosotros.

—Mi casa es segura. Hace dos meses encargué un barrido y no encontraron nada.

—En dos meses se la pueden haber llenado de «canarios» —dijo Montiel refiriéndose a los micros—. Eso sin contar con que la compañía que le hizo el trabajo no hubiera recibido dinero de sus enemigos.

—Lo siento, no lo había pensado —se disculpó el empresario, poco acostumbrado a mantener una actitud benévola con sus semejantes.

—¿A quién hay que matar? —inquirió Montiel.

—A un destacado miembro de la familia real inglesa.

Sin mostrar sorpresa, el hombre mayor siguió hablando.

—¿Usted va a ser nuestro enlace con Moscú?

—Sí.

—Pero usted no trabaja para el SVR ni para el FSB —intuyó Montiel.

—No. Yo tengo mis propios negocios en España.

—Pues ándese con cuidado, porque no pondremos en juego nuestras vidas porque no sepa manejar sus asuntos de prostitución.

—No se preocupen.

—¿Ha traído la carta con las instrucciones? —dijo Langares.

—La tengo en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Luego nos la da. Lo primero que haremos será realizar un barrido en su casa para garantizar que no tiene micros, aunque empezaremos ya a buscar a la persona adecuada para ejecutar el trabajo. Si descubrimos en cualquier momento que la policía le persigue por sus negocios, abandonaremos el caso. Nos han mandado unos cuantos intermediarios en los últimos años, pero usted es el más complicado que hemos tenido.

—Yo haré mi trabajo —dijo Smirnov recuperando la compostura— y ustedes hagan el suyo. No se metan en mis asuntos y les ayudaré en lo que pueda.

—Eso esperamos —dijeron a la vez los dos hombres entrados en años.

El despacho de la recientemente nombrada directora general de Operaciones era el doble de tamaño que los de los jefes de división, la mitad que el ocupado por el subdirector y la cuarta parte que el del director, el cargo más importante que albergaba el nada coqueto y silencioso complejo de edificios que integraban la sede madrileña del Centro Nacional de Inteligencia, el CNI, situado en la carretera que une Madrid con A Coruña.

La inmensa mayoría de las paredes aparecían desnudas —radicalmente prohibido colgar cuadros—, pintadas de un aburrido tono mantequilla claro. Las mesas funcionales tenían unas cajoneras en las que de día estaban colocadas las llaves, que por las noches desaparecían por motivos de se-

guridad. Un teléfono —¡cómo no, escrupulosamente blanco!— era el único objeto que oficialmente podía estar ubicado sobre la mesa, aunque se permitía colocar marcos con fotos y algún pequeño adorno, normalmente recuerdo de algún viaje. Las sillas eran de mayor calidad y comodidad según se iba ascendiendo en el escalafón, como si los problemas de columna vertebral afectaran a los empleados en relación con la importancia del cargo desempeñado. La suma discreción estaba representada por varios armarios empotrados, con llave, eso sí, en los que guardar documentos y prendas de abrigo.

Manuela Langares, a la que todos llamaban Ela, había sido nombrada directora de Operaciones hacía una semana. Era la primera vez en la historia que una mujer ocupaba un cargo operativo tan importante. Una mujer morena, de escasas sonrisas, con la cara poco maquillada, a la que gustaba la ropa atrevida, pero que siempre iba a trabajar acorde con las estrictas normas de seriedad que imponía el centro. Una mujer a la que cuando estaba en su despacho, el doble de grande del que tenía en su anterior destino de jefa de división, le invadía la sensación de que esa oficina era la prueba palpable, que todos podían sentir, de que había llegado a lo más alto que podía soñar un oficial de inteligencia.

El traslado a su nuevo despacho había sido rápido. A nadie se le ocurrió contratar los servicios de una compañía de camiones de mudanza. Habría sido ridículo. Metió en una bolsa de plástico verde de El Corte Inglés los dos marcos que siempre había tenido sobre la mesa: uno con la foto de su marido y su hijo sentados en el sofá rojo del salón de su casa y otro con una imagen suya, cuando era joven, acompañada de su abuelo y su padre. También introdujo su colección de cinco plumas de marca con las que tenía la manía de escribir y un cuaderno de notas donde había estado diseñando el nuevo organigrama que deseaba implantar en la Casa. No era tarea suya, sino del director,

nombrado tres meses antes por el presidente del Gobierno, pero ella sabía que el nuevo jefe desconocía absolutamente el espionaje y a todas las personas que lo integraban. Con un poco de mano derecha conseguiría hacer una remodelación que beneficiara sus propios intereses. Contaba con el inestimable apoyo del secretario general, amigo suyo y quien la había apoyado para alzarse con el puesto.

Sonó su teléfono móvil. Los agentes eran los únicos que podían tenerlo activo dentro del complejo. Todos los visitantes, fueran quienes fueran, tenían que dejarlos apagados en unos cajetines colgados en una pared junto a la recepción.

—Hola, Ela, ¿cómo le va a la directora de Operaciones del CNI?

—Muy bien, papá, agobiada de trabajo. ¿Quieres algo urgente?

—Recordarte que el viernes por la noche tienes que ir a la cena de la Red Durmiente.

—Ya lo tengo apuntado. Aunque me parece un poco fuera de lugar que me hagáis un homenaje por el ascenso, cuando debería ser un tema secreto.

—Un secreto que conoce todo el mundillo. No obstante, lo que vamos a hacer es la cena anual de nuestra asociación, a la que siempre invitamos a algún cargo de la Casa, que interviene brevemente al final de la reunión. Lo único que siento es que no pueda asistir tu abuelo. Como fundador del club, le habría encantado cenar con su nieta convertida en toda una jefa del servicio de inteligencia.

—A mí también me da mucha pena. Me encantaría que estuviera mejor, pero ha dado un bajón en las últimas semanas. Desde que me nombraron no he podido ir a verle, pero esta tarde, pase lo que pase, me escaparé para estar con él. Por cierto, ¿cómo va tu empresa?

—Bien, últimamente tenemos mucho trabajo. Con tanta noticia en los periódicos sobre escuchas telefónicas, todo

empresario que se precie quiere que le hagan un barrido.

—Los de Lamon sois los mejores.

—Gracias, hija, pero no sirve de nada si no contamos con suficiente personal para hacer frente a la carga de trabajo. ¿No me prestarías durante una temporada a algunos de tus KA? —dijo intentando arrancarle una sonrisa.

—El día que no haya amenazas y los agentes operativos dejen de vigilar en las calles a todos los sospechosos, ni siquiera tú tendrás trabajo. Tampoco sería mala idea que trabajaras un poco menos.

—Si no me muevo un poco me aburro.

—Ya tienes la Red Durmiente.

—Sí, pero no te puedes imaginar lo eficiente que es la nueva bibliotecaria y lo rápido que está aprendiendo sobre libros de espionaje. Incluso nos ha propuesto dejar de llamarnos Red Durmiente y pasar a ser Red Congelada. Si tu abuelo la oyera, la mataría.

—Cómo habéis progresado. Todavía recuerdo cuando el abuelo me llevaba allí a sacar libros. Con los que había apenas llenaban las estanterías de un cuarto.

—Ahora tenemos casi doscientos metros cuadrados. Y seguimos comprando. Entre eso y organizar algunos cursos y ayudar en investigaciones universitarias, trabajamos bastante, pero sin exageración. Porque preparar la cena del viernes ha sido un placer.

—Yo iré a la cena, pero a cambio tú trabajas menos.

—Trato hecho. ¿Qué tal con el nuevo director?

—Está enterándose. Pero debe de ser muy listo —dijo riéndose— si una de sus decisiones claves ha sido ponerme al mando de las operaciones.

—Claro que sí, pero acuérdate de Beria.

—Un hijo de campesinos que quería ser ingeniero y terminó vistiendo el uniforme militar —recitó de carrerilla.

—Dos puntos en tu casillero. Pero no te lo menciono por sus orígenes humildes, sino por su carrera despiadada en el espionaje. Era un gran espía, con cualidades tan des-

tacables como su impresionante memoria fotográfica, pero también era un tipo duro y sin escrúpulos que se encontró con más poder del que nunca soñó y para mantenerlo y acrecentarlo se dedicó a destrozar la vida no solo de sus enemigos, sino de los que se suponía que estaban en su propio bando.

—Stalin también contribuyó un poco a las pasadas que llevé a cabo su subordinado —matizó Ela.

—Es verdad que se juntaron dos degenerados, pero Stalin era el que mandaba y Beria era un tipo servil, capaz de hacer cualquier cosa para contar con el cariño de su jefe.

—Stalin era el más salvaje de los dos.

—Sin embargo, Beria era el que manejaba la información y el que controlaba los medios para espiar libremente a quien consideraba enemigo del régimen.

—Me reconocerás que era un tipo listo, eficaz y con una gran capacidad de planificación.

—Y tú a mí que utilizó todas esas cualidades, que pueden ser positivas cuando las enfocas bien, para convertir a Rusia en una gran cárcel y conseguir que tuvieran que aumentar el perímetro de los cementerios.

—Fue un sádico, pero eso no quita para que fuera un gran espía.

—Mira, hija, de nada sirve ser un buen espía si utilizas tus medios para beneficiar a los que están en el poder. El espionaje no es eso o, al menos, no debería serlo. Beria tuvo el final que le tocaba: cuando murió su jefe le detuvieron, le juzgaron y le condenaron a muerte. Nadie se acordó de sus cualidades como espía, únicamente de los cadáveres con que había sembrado todo el país.

—Tranquilo, yo no tengo tanto poder como Beria.

—Ni eres como él. Pero no olvides que el poder emborracha.

—Ya sabes que yo quiero ser como tú, no como Beria.

Eran cerca de las nueve de la noche cuando Jessi, la enfermera hondureña menuda, con unos kilos de más, que vivía con su abuelo y le cuidaba, le abrió la puerta.

—Hola, Jessi, ¿cómo está el abuelo?

—Igual, señora Ela. La cabeza la tiene bastante bien, pero el cuerpo le funciona cuando quiere. Le obligo a ir al baño para que se levante, aunque cada vez las piernas le responden peor.

—¿Te deja dormir?

—No mucho. El pobre está tan cansado que apenas enlaza ratos de sueño por las noches, pero lo recupera por el día. Es tan bueno que todo se le perdona.

—Gracias por cuidarle —dijo Ela cogiéndola de las manos—, mi abuelo ha tenido mucha suerte de encontrarte. Nunca habría llegado a los noventa y tres años sin una persona como tú.

—Venga, señora, pase, que su abuelo se va a impacientarse.

Manuel Langares estaba sentado en su sillón reclinable, que le permitía poner las piernas en alto, aunque luego necesitaba ayuda para bajarlas. Las cuatro paredes del cuarto de estar en el que vivía estaban llenas de muebles, pero para él únicamente existía la televisión, en la que por la tarde veía películas del Oeste de John Wayne, su actor favorito. Era el único entretenimiento que le quedaba, tras haber tenido que renunciar por culpa de la vista a la lectura de sus libros de espionaje.

—Mi querida Ela, te echaba mucho de menos.

—Es que en mi nuevo puesto tengo demasiado trabajo —le dijo tras darle un enorme beso.

—Enhorabuena, cielo. Has llegado tan lejos como yo imaginaba y como te mereces.

—Gracias, abuelo, pero no habría conseguido nada sin papá y sin ti. Vosotros habéis sido mi guía todos estos

años.

—No digas tonterías. El gusanillo del espionaje puede que lo llevaras en la sangre, pero todo lo demás te lo has ganado tú sola. Me siento muy orgulloso. Aunque tengas cuarenta y cinco años siempre serás mi pequeña.

—Todo lo que quieras, pero tú conociste a Philby, el mejor agente doble de la historia, en la Guerra Civil, y yo nunca he estado con nadie tan interesante.

—Puede que tengas razón —añadió su abuelo poniéndose serio—, pero hay muchas personas mejores que Philby.

—Ya lo sé, pero no me refería a eso. Desde pequeña me han encantado tus historias de espías y siempre te he agradecido que fueras sincero conmigo. Me parece bien que nunca te hayas vanagloriado de haber estado con Philby en la Guerra Civil y seguro que con otros muchos espías famosos, pero para mí es un orgullo que le conocieras.

—Tampoco fue para tanto, cielo —dijo y la cabeza se le cayó hacia delante, en una competición con el sueño que le invadía.

—Estoy muy feliz de teneros a papá y a ti en mi vida. Me habéis ayudado tanto...

—Todo lo has conseguido sola.

—No sin vuestro ejemplo, vuestra rectitud, vuestras ganas de luchar y hacer el bien —dijo Ela, que cada vez que visitaba a su abuelo sentía que podía ser la última vez que le viera.

—Lo dices porque estás emocionada por el nombramiento y porque sabes que me queda poca vida. Eres un encanto, pero no te olvides de que todos cometemos errores y algunos muy graves.

—Tú no. Eres la mejor persona del mundo.

—Si no lo fuera, ¿me seguirías queriendo?

—No hay alternativa, lo siento. Eres la mejor persona del mundo.